

# "1971: EL ESPECTRO DE UN MUNDO CARENTE DE LIDERES"

Oscar  
Arias  
Sánchez



No hay duda que vivimos en la actualidad en el campo internacional una crisis aguda de autoridad política; no hay en nuestros días entre las grandes naciones del mundo, una que esté gobernada por un jefe que unifique voluntades y esperanzas, o que a principios de 1971 esté dirigida por un líder político que se pueda llamar un caudillo. Con la muerte de De Gaulle desaparece el último gran líder de la política internacional en los últimos veinticinco años.

Nunca fui fiel y devoto partidario del expresidente de los franceses. Todo lo contrario. En varias oportunidades, en esta misma página critiqué su actuación. Siempre creí que el Presidente De Gaulle, al igual que el Primer Ministro Churchill, no supo retirarse a tiempo. Su personalidad en 1958 evitó una guerra civil, pero también su personalidad en 1968 motivó la revuelta de mayo en París. Fue su autoritarismo el que llevó a Francia a los umbrales de una guerra civil.

Siempre creyó el General que el rumbo de la historia de su país podía cambiarse con unas cuantas palabras suyas; así sucedió en junio de 1940 y así sucedió dieciocho años después durante la guerra de Argelia. Los franceses se habían familiarizado con una Quinta República acostumbrada a los caprichos y extravagancias, así como al inmenso talento de un solo hombre. Durante muchos años su voluntad fue la voluntad de su país. Sólo Napoleón le dio a Francia más esplendor que De Gaulle. Luchó por cambiar la realidad política internacional, y aunque sólo en parte lo logró, defendió la idea de una Europa fuerte y unificada, independiente de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Un buen día decidió no ejecutar las órdenes que sobre la defensa de Europa le dictaba la Casa Blanca y terminó con la tutela norteamericana. De igual manera ignoró o desobedeció las recomendaciones provenientes del Kremlin: en las negociaciones con Europa Oriental no tuvo otro norte que el interés de Francia.

El pueblo francés se había acostumbrado, no sin mucho esfuerzo, a vivir sin De Gaulle.

Ahora debe acostumbrarse a vivir después de De Gaulle. El General era Francia: un bergsoniano convencido, un nacionalista, un intelectual en uniforme más que un soldado que leía libros. Y fue casualmente esto lo que le hizo ganar grandes batallas: siempre creyó en la fuerza de las ideas. Muerto De Gaulle, la figura cumbre de la política mundial actual es indiscutiblemente Willy Brandt.

Este artículo pretende comentar el liderazgo político mundial. Es decir, se trata de analizar personas y no naciones. Se trata, aún más, de hombres y no de pueblos. Los Estados Unidos y la Unión Soviética son, y por muchos años más continuarán siendo, las dos naciones más poderosas e influyentes en el mundo actual, a pesar de tener ambas líderes políticos incoloros y carentes de carisma. Alemania Occidental, no obstante ser el primer poder económico de Europa no es, como todos sabemos, una "gran potencia". Los indicadores que definen y determinan a las grandes potencias en nuestros días no son las tasas de desarrollo económico sino, paradójicamente, las estadísticas militares. Pues bien, si "poder mundial" es el que acumula armas y no alimentos, Alemania Occidental entonces no es un poder mundial. No obstante, su Canciller representa la primera figura política internacional de nuestros días.

La figura de Brandt es el paradigma del político. De niño, en Lübeck, soñó con llegar a gobernar y hoy, en Bonn, es el máximo líder político de su pueblo. Willy Brandt representa el símbolo de la tenacidad de un hombre de firmes convicciones. En su lucha por el poder ha batallado contra todo y todo lo ha vencido: hasta un enemigo natural tan poderoso como es su condición de hijo ilegítimo.

En su libro "Una política de paz para Europa" el nuevo Canciller alemán describe su "Ostpolitik". (Una especie de "gaullismo germano" que no considera necesaria la creación de una Europa unificada para poder negociar con los rusos). Para Brandt la política no es el arte de lo posible sino más bien el arte de llevar a cabo lo que parecía imposible. Haciendo suya la máxima kennedyana de que no hay que tener miedo para negociar pero que tampoco se debe negociar por miedo, se ha acercado al Kremlin. El pasado mes de agosto en los amplios y elegantes salones de Catalina La Grande firmó el tratado que le pone fin a la guerra de Hitler (o Segunda Guerra Mundial, como nosotros la llamamos hoy en día). El paso que ha dado el canciller germano al aceptar las fronteras de la

Europa Oriental es de la mayor trascendencia: sólo su firme convicción de la necesidad de crear confianza y fe en una Europa dividida le ha permitido tomarlo. Las ideas de la "Ostpolitik" no son nuevas en Willy Brandt. Se remontan al tiempo en que fue Alcalde de Berlín. En 1966, como Ministro de Relaciones Exteriores, puso en práctica sus ideas sobre política internacional al negociar con Checoslovaquia. Esta negociación, que como todos recordamos fue una de las excusas dadas por los rusos para aplastar al pueblo checoslovaco, hizo comprender a Brandt que para llevar a cabo su "Ostpolitik" tenía que involucrar directamente a los jefes de Moscú.

La determinación de Willy Brandt de acercarse a los países de la Europa del Este pone de manifiesto que es un imperativo de nuestra época eliminar las tensiones que han producido veinticinco años de guerra fría. Esto es lo que ha motivado al Canciller alemán a acercarse a Moscú, y como se lo demostró a Kosygin en el Kremlin al enseñarle las encuestas de opinión de su país, la política exterior de la Social Democracia cuenta con el respaldo de su pueblo.

Decía anteriormente que me proponía en este artículo hablar sobre líderes políticos y no sobre pueblos o naciones. Es por esta razón que a pesar de ser la Gran Bretaña la nación para mí más querida y admirada, sobre el nuevo Primer Ministro inglés tengo poco que decir. La reciente victoria de Edward Heath sobre Harold Wilson causó tanta sorpresa como la victoria de Truman sobre Thomas E. Dewey en 1948. Al igual que Willy Brandt, Edward Heath siempre soñó en llegar a gobernar. Cuando en Balliol el tutor de admisiones le preguntó qué era lo que él deseaba llegar a ser en su vida, Heath contestó: "un político profesional". Como Wilson, el líder conservador por muchos años ha luchado por llegar a 10 Downing Street. Sin embargo, no encontramos en el nuevo Primer Ministro inglés la habilidad y agilidad parlamentaria de Harold Wilson. Muy lejos está el viejo solterón de convertirse en un caudillo de estatura semejante al exprimer ministro.

Muchas justificaciones se le han dado a la derrota de Wilson. Se ha hablado de exceso de confianza de parte del Partido Laborista, se ha dicho que los laboristas no estaban organizados para enfrentarse a una campaña política difícil como era la de junio del año pasado, se ha argumentado también que para llevar a cabo esa elec-

# "1971: EL ESPECTRO DE UN MUNDO CARENTE DE LIDERES"

(Viene de la Pág. 15)

—la época escogida era la menos indicada de todo el calendario (los ingleses estaban más interesados en los días de verano que se acercaban y en la defensa del campeonato mundial de fútbol en México). Sin embargo, las razones que considero justifican la derrota del Primer Ministro Laborista son el alto costo de la vida y el espectro de una tensión racial que aumenta día con día en las islas británicas. En Inglaterra, como en Costa Rica y todo país, el gobierno es siempre responsable de cuanto acontece. Los artículos en los supermercados comenzaron a subir y las amas de casa ingresas o se abstuvieron de votar por Harold Wilson o votaron por Ted Heath.

Otra circunstancia determinante del resultado de la elección británica fue el tema que trajo a la palestra política el representante del Parlamento Enoch Powell, importante líder del Partido Conservador y antiguo profesor de griego que también domina otros diez idiomas. La filosofía powellista es una rara combinación de liberalismo manchesteriano y racismo: Enoch Powell es un ultraconservador que anda en Rolls Royce (porque no ha encontrado un dinosaurio en que montarse) criticando el creciente gasto público y el ingreso de Inglaterra al Mercado Común Europeo, a la vez que promulga la tesis de repatriar a todos los asiáticos y africanos nuevos que lleguen a las puertas de su país. El apoyo que ha recibido Powell del trabajador británico nos preocupa porque confirma nuestra convicción de que los pueblos, al menos en forma solapada y oculta, son increíblemente racistas. Si la Gran Bretaña, nación culta y de gran tradición liberal posee sentimientos racistas, ¿qué se puede esperar de países sin estas características?

Sobre Richard Nixon poco hay que decir. La política norteamericana de nuestros días, si por algo se caracteriza, es casualmente por la ausencia de una política. Los norteamericanos sabían, al elegir a Nixon, que llevaban a la Casa Blanca a un mandatario gris. Quien tuvo una pobre actuación en la lucha por el poder necesariamente habría de tener una pobre actuación en el ejercicio de ese poder: el tiempo que lleva en la Casa Blanca confirma esta predicción. Su vigorosa crítica a la administración pasada no se ha traducido en vigorosa acción. Todo lo contrario, sus palabras contra Johnson se le han convertido en un bumerang. Internamente ha luchado, sin éxito, contra la inflación, y el resultado ha sido una mayor inflación y un 5.8 por ciento de desempleo. El salario real del obrero norteamericano es hoy, como lo afirmaba recientemente la revista Time, inferior al de 1967. En el plano internacional el panorama es aún más incierto: la paz en Vietnam no se vislumbra en el horizonte. El pueblo norteamericano, a veces tan injustamente vituperado, debe en 1972 demostrar ante el mundo que le observa que su país puede producir un nuevo Jefferson o Lincoln, por difícil que esto parezca.

El panorama en Moscú no es distinto. Nunca en la historia de la Unión Soviética se han cometido tantas equivocaciones como en la época actual. El oscurantismo de la era stalinista ha reaparecido, con un matiz diferente pero con igual intensidad. Vano sería, en esta oportunidad, enumerar hechos y circunstancias al pueblo soviético, infortunadamente, no le podemos pedir que demuestre, ante el mundo que le observa, su buen juicio e inteligencia; el Kremlin no cree en la "práctica burguesa" de las elecciones.

Deseo ahora comentar la actuación de dos grandes líderes de dos pequeños países: Dayan de Israel y Nasser de Egipto. A la par del General Giap, Dayan es uno de los generales de más renombre en la década actual, y sin duda alguna, el político de más prestigio en su país. Su personalidad es enigmática. Para los árabes Dayan representa al enemigo público número uno; para la nueva izquierda el general israelí es un instrumento más del imperialismo norteamericano; para el pueblo judío su salvador. De origen ruso y condición social aristocrática, Dayan creció en un moshav o

granja cooperativa y fue educado en una escuela de agricultura, permaneciendo siempre activo en el Haganah. A los trece años comenzó a pelear contra los árabes, convirtiéndose posteriormente en un experto en el sistema defensivo del Kibbutzim. En 1941 perdió su ojo izquierdo mientras peleaba en el Líbano, habiendo sufrido en ese percance 18 horas de agonía hasta que fue conducido a un hospital. En los años 50 Ben Gurion le ascendió, y desde entonces, aunque lentamente, ha sido promovido hasta el puesto que hoy ocupa.

Convencido de que su pequeño país no puede contar para su seguridad ni con el Este ni con el Oeste, ha impulsado la militarización de su pueblo. El mismo día que el Mapai le nombraba Ministro de Defensa por diecinueve votos contra seis, el gabinete israelí decidía ir a la guerra contra Egipto, circunstancia que ha puesto en duda la generalizada opinión de que el General es el arquitecto de la guerra de los seis días. Pero esto poco importa. La verdad es que él fue el inspirador de la victoria contra los árabes. Dayan es el Ministro de Defensa que gana batallas.

Decía recientemente Paul Johnson en un artículo que escribía en el New Statesman que Dayan era el Coriolano de Israel. Si Dayan es el Coriolano de Israel, Gamal Abdel Nasser es el Ataturk de Egipto. Desde los tiempos de Saladino ningún caudillo egipcio ha representado para su pueblo lo que Nasser en la época actual. Nadie como él logró, aunque con relativo éxito, inspirar nuevas visiones de grandeza y prosperidad a su país así como esperanza de unidad a un mundo árabe dividido y frustrado. Después de 18 años de una tiránica y mediocre monarquía, Egipto necesitaba reformas drásticas y Nasser se las dio. Gamal representaba para el mundo árabe un símbolo de orgullo nacional, de ese orgullo nacional que los árabes habían perdido muchas centurias atrás.

Es sumamente difícil realizar un análisis justo de la actuación política del líder egipcio. En muchas ocasiones, y por muchos años, fue enemigo de los socialistas franceses, de los conservadores británicos, de los senadores norteamericanos y ocasionalmente de los comisarios soviéticos. Sin embargo, creemos estar en lo cierto si afirmamos que en los últimos años profesó con sinceridad el socialismo. No obstante, en ningún momento le sirvió incondicionalmente a los jefes de Moscú y sólo dependió del Kremlin para la obtención del armamento que el pueblo egipcio requería. Si acudió a la Unión Soviética para la construcción de la presa de Aswan fue después de que John Foster Dulles le negó toda ayuda. Fue un político de contrastes y las grandes potencias le disimularon, si no le perdonaron, sus contrastes. Así, por ejemplo, mientras comerciaba y dependía en gran parte de la ayuda soviética, encarcelaba a prominentes líderes del Partido Comunista egipcio. A pesar de haber sido el responsable de la derrota de su país en la guerra de

los seis días, en los últimos años sirvió de mediador, y aunque tardamente, comprendió la imposibilidad de llevar a cabo su sueño: transformar a todas las naciones árabes en países socialistas bajo el liderazgo de Egipto.

La muerte de Nasser ha representado una enorme pérdida para el mundo árabe. Muy difícilmente su personalidad será reemplazada. No hay entre los líderes árabes actuales nadie

que inspire la confianza y el orgullo nacional que él inspiraba. Su reciente desaparición demostró el sentimiento del pueblo árabe por este humilde sargento: nunca había contado el almuercín los versos del Corán con mayor dolor que al ocurrir la muerte del libertador egipcio.

Al concluir el año que inició la década el panorama no puede ser más sombrío: guerras, secuestros, terrorismo nacionalis-

ta, racismo, huelgas y protestas —la violencia como único medio para lograr fines ideales— drogas, crímenes, hambre y miseria humana. Tensión entre las naciones y tensión en el ser humano: el hombre parece haber perdido el camino de su propia paz. La juventud denuncia y se rebela pero no ofrece soluciones. El futuro cercano exige líderes que, con visión más universal, puedan guiar a los pueblos hacia un mundo mejor.